

Iris la ausencia de futuro

Edmundo Paz Soldán

Iris

La Paz: Santillana, 2013

Una novela utópica comienza cuando el mundo como lo conocemos ha acabado y es momento de imaginar el futuro. En este sentido, la ciencia ficción, como una pitonisa, lee la situación del individuo en el momento presente y adivina sus posibilidades de supervivencia, de evolución y de destrucción. *Iris* es la premonición de Edmundo Paz Soldán. *Iris* es el lugar donde una nueva especie de seres ha aparecido después de una lluvia radioactiva. La catástrofe nuclear ha sucedido e *Iris* es su consecuencia.

El futuro ha llegado y se caracteriza, según Frederic Jameson, por estar amenazado. La novela utópica advierte de que podría no haber futuro o que podría ser aterrador. Entonces se habla de distopía, entendida por Jameson como una “perturbación del futuro”: si esto sigue así... no habrá futuro. Puede pensarse en 1984, *Un mundo feliz* o *Fahrenheit 451*. Lo que pretende ser diferente, en la novela de Paz Soldán, es que *Iris* es lo que su nombre indica: un arco que refleja la luz del sol después de la lluvia, en este caso radioactiva. *Iris*, a pesar de ser el escenario de la distopía nuclear, se hace en la posibilidad de luz, de utopía.

Los irisinos, además de ser víctimas de las pruebas nucleares, son explotados por el sistema capitalista de SaintRei, una empresa multinacional que los obliga a trabajar en sus propias minas para extraer un nuevo tipo de mineral. Al igual que el nombre de *Iris*, la alusión con SaintRei es clara: el capitalismo es santo y rey, es *el* sistema. Esta situación lleva a Orlewen –homenaje a Orwell– a rebelarse. Orlewen proclama la revolución buscando una utopía, un lugar mejor para que todos los que viven en *Iris* puedan vivir en armonía bajo sus propias leyes. En conclusión, Paz Soldán propone una utopía anticapitalista.

Pero decir que propone es mucho decir. *Iris* trata de plantear una utopía y de imaginar una distopía, pero fracasa. Desde las primeras líneas, palabras como *jipu*, *fengli*, *riflarpón* o *Qi*, aunque repetidas en toda la

novela, no logran hacerse familiares; más que construir un mundo para el lector, lo confunden. Si el *nadsat* de *La naranja mecánica* ya no requiere un glosario pasados los primeros capítulos, *Iris* precisa de un glosario cada dos páginas para recordarle al lector de qué se está hablando. Y, cuando este lenguaje se encuentra en boca de los personajes y no en la del narrador, no es más que un español impregnado de anglicismos. En definitiva, no se trata de una neolengua que aporte algún sentido al mundo de *Iris*.

La distopía de Paz Soldán se hace difícil de seguir, no sólo por lo innecesariamente confuso de su lenguaje, sino por lo aburrida. Aunque los temas de *Iris* son potencialmente distópicos, se desarrollan como meras transposiciones. *Iris* no es una novela distópica de ciencia ficción: es un puñado de referencialidades obvias.

Una recurrencia en las novelas distópicas es la constitución de la familia; normalmente suele anularse para crear un sistema social diferente. En *Iris* no se dice nada concreto sobre la familia, podemos suponer que los irisinos las tienen. Las familias que se mencionan son las de Afuera, las del mundo exterior no radioactivo, separado de *Iris*. Lo que se cuenta de ellas habla de una sociedad enferma, pero no encontramos nada que no pueda leerse en cualquier periódico de EE. UU.: a estas alturas no se necesita de un gran trabajo imaginativo para proponer un parricidio causado por la adicción a los videojuegos como una distopía. Si hay algo que pueda ser interesante, en esta supuesta interpretación de la familia y la sociedad, es que, aunque *Iris* es el campo radioactivo donde las expectativas de vida se pierden junto con el cabello, parece que lo verdaderamente enfermo se encuentra Afuera.

De Afuera llegan los inmigrantes que se convierten en *shanz*, especie de soldados que vigilan a los irisinos y sofocan la rebelión. Estos soldados sufren de algo que el narrador llama “desalmarse” y que, en

lenguaje llano, se conoce como fatiga de combate: un trastorno psicológico de tipo nervioso identificado con precisión en la II Guerra Mundial, y cuyas consecuencias más recientes se han dado entre los soldados de la guerra de Irak. La situación de los *shanz*, en Iris, parece ser una transcripción de esa experiencia. Se enfrentan a impredecibles vientos de polvo y a habitantes hostiles con un idioma desconocido y una cultura ininteligible. Se ven constantemente expuestos al daño y la muerte. El narrador se deleita describiendo los síntomas y consecuencias del trastorno. El problema es que los explica tanto –incluso llega a repetir tantas veces la palabra “desalmarse”– que, cuando la sensación debe hacerse patente, ni siquiera se muestra. Describe tanto lo terrorífico que, cuando al fin aparece, ya no asusta. Puede ser algo terrible, pero no hace falta gran poder de imaginación para contar lo que se encuentra fácilmente en internet.

Desde las inoculaciones del Dr. Moreau hasta la morfina de William Gibson, la ciencia ficción ha explotado el uso de químicos y el consumo de drogas. En *Iris* se encuentran dos bandos diferenciados. Primero, las drogas que suavizan la realidad, los ansiolíticos, representados desde el epígrafe por el poema de Wislawa Szymborska, “Prospecto”, que es lo mejor de la novela; segundo, las plantas psicotrópicas que intensifican la realidad, el peyote, y las medicinales, la coca. Es decir, las drogas que vienen de Afuera ante las drogas de Iris: el capitalismo ante la tradición boliviana. Aunque el narrador llame *jün* al peyote, es la misma planta que se vende en el mercado de la brujas en La Paz. Iris es Bolivia y eso no es un error, como no lo es que Eurasia sea Europa en la II Guerra Mundial o que el Estado único sea la Rusia comunista. El error es que *sólo* sea un cambio de nombre, que no acaba de formar una alegoría. Iris es la Bolivia que explota sus recursos bajo las órdenes de una compañía privatizada, y cuyo único asidero es su tradición, por ejemplo, las plantas exóticas que los extranjeros no saben cómo manejar. Importa poco que

los irisinos tengan piel verdosa y carezcan de párpados. En *Iris*, Bolivia es Bolivia, el peyote es el peyote y la coca es la coca. ¿Dónde está la visión de futuro?

Además de las drogas, la realidad en Iris también se distorsiona por la religión. Los irisinos creen y rinden culto a un sinfín de dioses que atemorizan a los inmigrantes. *Xlött* es su máximo dios, el dios bueno-malo, a quien hay que pedirle permiso para entrar a las minas y de quien hay una imagen en cada bocamina. Paz Soldán no hace mucho esfuerzo por imaginar al Tío y la cultura andina. Lo relevante de esta religiosidad es que permite la revolución de Orlewen y los irisinos, de manera tan fanática que los conduce al terrorismo –otra referencia fácil–. Esto nos lleva a concluir que la propuesta utópica de *Iris* no es más que, como se ha denominado en el siglo XX, un movimiento político espiritualizado. Un movimiento que, en Bolivia, se relaciona con el Regreso del Inkari. Todo lo cual nos hace constatar que *Iris* es una novela aburridamente referencial. Una pretendida novela de ciencia ficción sin ciencia ni ficción.

Tal cual, en *Iris* el futuro no existe, Paz Soldán ha preferido listar el presente. Que el mundo es un *creepshow* ya lo sabemos. *Iris* es innecesaria.

Debora Zamora